

CULTURA

El politólogo Ivan Krastev analiza el mundo pospandemia en su nuevo ensayo. EE UU es el claro perdedor, pero eso no significa que China esté ganando, asegura

“A los autoritarios no les gustan las crisis que no han fabricado ellos”

RICARDO DE QUEROL. Madrid Cuando empezó la pandemia, Ivan Krastev —politólogo, uno de los fundadores del Consejo Europeo de Relaciones Exteriores, investigador del Instituto de Ciencias Humanas de Viena— viajó desde Austria, donde reside, a su Bulgaria natal. Él y su esposa pensaron que, si debían confinarse en casa, Bulgaria era su casa. Pero allí se dieron cuenta de que había surgido un nuevo nacionalismo, el del “quédete en casa”, una “xenofobia invertida, más territorial e inclusiva”, diferente de la que surgió en 2015 por la crisis de los refugiados. Ahora los búlgaros que, como él, venían del exterior eran peor vistos que los inmigrantes ya establecidos. “El extranjero ya no es la persona que no nació aquí, sino la que no está aquí en este momento”, dice.

En su casa de campo búlgara, Krastev (Lukovit, 55 años) escribió *¿Ya es mañana? Cómo la pandemia cambiará el mundo*, que publica en español Debate. Un ensayo breve y urgente que escapa del catastrofismo de otros autores. “Tenemos motivos para sentir que estamos viviendo un apocalipsis, lo que no es lo mismo que estar viviendo un apocalipsis”, ironiza, de vuelta en Viena, en una entrevista por videoconferencia.

Krastev recuerda que los humanos tienden a recordar las guerras o las revoluciones y a olvidar las pandemias, como ocurrió tras la de 1918. “Si no hay una segunda o tercera ola, mucha gente va a creer que esto ha sido una alucinación colectiva. Después de una pandemia es difícil recordar qué pasó, porque para la mayoría no pasó nada, aunque todo cambió. No hay una historia que contar”.

Peró este intelectual si observa transformaciones en las sociedades que no son las que cabía esperar. Por ejemplo, “frente a una economía y una política que se están desglobalizando, los ciudadanos se han vuelto más cosmopolitas que nunca”. Por primera vez todos, en cualquier país, he-

mos estado pendientes del mismo problema y en directo. “Esto ha abierto nuestras mentes a entender que somos parte de una humanidad común”.

En el terreno político, han surgido fenómenos inesperados, como las movilizaciones en EE UU y en todo el mundo por la brutal muerte de George Floyd a manos de la policía en Minneapolis. Cuando parecía que las libertades estaban suspendidas, la gente “se echó muy pronto a la calle como si estuviera escapando de prisión”, explica. “Porque en una democracia, poder expresar tus ideas públicamente es más importante que votar. Es la libertad de ser visto, de expresar cómo te sientes”.

Krastev nunca creyó que el estado de alarma vigente en la mayor parte del mundo fuera a secuestrar la democracia. Al revés, señala la creciente presión para los Gobiernos de una ciudadanía muy informada de cómo se gestiona la crisis en otros países, capaz de comparar. Pero la democracia “ya tenía problemas antes de la pandemia”, relacionados con el descrédito de las instituciones y la polarización. “El coronavirus es más dañino para pacientes con patologías previas. La democracia en este sentido es como un paciente: en algunos países se están agravando sus problemas previos”, dice.

Y entonces ¿saldrán reforzados el populismo, el autoritarismo? “En contra de los temores iniciales, el populismo no es un ganador. El populismo no se explica psicológicamente en el miedo sino en la ansiedad, que es un miedo difuso: a que el mundo vaya en mala dirección, a perder la identidad, a los cambios económicos... El coronavirus implica un miedo muy concreto, a morir. Cuando tienes ansiedad eliges a políticos



Ivan Krastev, en Berlín en 2019. / P. SEVILLA

“Aunque el mundo se desglobaliza, los ciudadanos son hoy más cosmopolitas”

“La situación es volátil, pero Trump lo tiene peor ahora para ser reelegido”

que expresen cómo te sientes. Pero ante un miedo clásico, necesitas a un Gobierno capaz de protegerte”. Importa más la competencia técnica, a pesar de que todavía hay sectores sociales que desconfían de la ciencia, como esa gente que cree que “esto es una conspiración de Bill Gates para infectarnos chips”.

Escribe Krastev que “la covid no es la compañía ideal para los dictadores”. Y lo explica así: “A los autoritarios solo les gustan las crisis que han fabricado ellos. Les gusta poder elegir a qué crisis responden y a cuáles no”. Por ejemplo, recuerda, los presidentes de Brasil o Bielorrusia han estado negando la pandemia. “Esta es una crisis que les sobrepasa”, opina.

El gran ausente

¿Cuál será el efecto en EE UU en año electoral? “La situación es muy volátil, pero a día de hoy Donald Trump está en una posición más débil para ser reelegido”, responde. El país vive transformaciones que no lo favorecen. “Lo que me asusta es que la polarización no va a reducirse. Me preocupa que si Trump pierde por estrecho margen no esté dispuesto a reconocer los resultados. Eso sería una crisis constitucional”.

“Esta es la primera crisis mundial en la que Estados Unidos no está, es el gran ausente”, continúa. Su gestión y las protestas antirracistas han deteriorado su credibilidad en el exterior. “EE UU es por ahora un perdedor en la crisis. Pero eso no significa que China se convierta en el ganador”, añade. El régimen de Pekín ha mostrado su “peor cara”, aunque haya sido eficaz en la contención de la pandemia. La desconfianza en China, añade, crece entre los europeos: han entendido que no pueden ser tan dependientes en



los suministros sanitarios ni en sectores estratégicos como el SG.

Según el autor, el éxito en la gestión de la pandemia no ha dependido de la naturaleza de los regímenes, democrática o autoritaria, sino de otros factores: la confianza social, la experiencia en crisis sanitarias y la fortaleza de los servicios públicos. Donde hay más división política, como EE UU y el Reino Unido, la respuesta es más discutida que en Alemania, Dinamarca, China o Corea del Sur. “España ha tenido ese problema?” “En lugares como España, Italia o Francia, la gente no está muy satisfecha. La polarización se ha hecho más profunda: apoyan más o menos la gestión de la crisis según hayan votado al Gobierno o a la oposición”.

Tampoco cree Krastev que la pandemia vaya a traernos elementos autoritarios como la vigilancia electrónica. “Eso no empezó con la pandemia. Lo divertido es que la gente corriente comparta

Todo lo que siempre quiso leer sobre virus y pandemias

Los ensayos en torno a la covid-19 conquistan las librerías

ANDREA AGUILAR. Madrid Las mesas de novedades de las recién abiertas librerías se llenan, —y seguirán llenándose en los próximos meses— de libros y ensayos sobre virus y pandemias. Desde un prisma científico, político, económico, sociológico o histórico, y, en muchos casos, combinando varios regis-

tros, esta fecunda fiebre editorial promete responder a las muchas preguntas que han surgido. La covid-19 pilló a (casi) todos por sorpresa y con las baldas prácticamente despopuladas de títulos que ayudaran a afrontar y entender lo que pasaba.

A partir de ahora, haya repuntos o no, ya no habrá excusa para

no estar muy bien leído sobre el amplio mundo de los virus. Y por lo que se ha visto hay ganas de hacerlo: *El mapa fantasma. La epidemia que cambió la ciencia, las ciudades y el mundo moderno*, de Steven Johnson, se agotó la primera semana que llegó a las librerías, según explica el editor Daniel Moreno. El de Johnson

ha sido el primero de los seis títulos que sobre este tema ha programado Capitán Swing, en una apuesta casi monográfica para este trimestre. “*El mapa fantasma* y *Un planeta virus* de Carl Zimmer ya los teníamos contratados, pero en vista de lo que estaba ocurriendo decidimos correr con las traducciones y sacarlos cuanto antes”, explica en conversación telefónica. “Desde la ciencia pura y dura hasta la economía hay muchos ángulos y este es el momento sacar estos títulos, son oportunos”.

Si *El mapa fantasma* se remonta al brote de cólera en Londres en el siglo XIX para narrar el nacimiento de la ciudad moderna y

de la investigación científica, el título de Zimmer se apoya en la investigación reciente para mostrar cómo los virus controlan la biosfera. En esta línea, el científico Miguel Pita también ofrece una concisa y clara explicación en *Un día en la vida de un virus. Del ADN a la pandemia* (Periférica). Pita se vale de dos virus inventados para explicar de la manera más directa y llana posible el complejo mundo virológico.

La oferta prevista para los próximos meses por Capitán Swing se completa con *Pandemia*, de Sonia Shah, sobre las epidemias más mortales de la historia; *Llega el monstruo. Covid-19, gripe aviar y las plagas del capita-*



con gusto detalles increíbles de su vida privada en las redes sociales, pero al mismo tiempo se queja de la vigilancia electrónica. Pero ahora hay una buena razón: evitar infectar a otros inconscientemente. La gente aceptará el rastreo de contactos mejor que si se hiciera en el contexto de la lucha antiterrorista", afirma.

La tensión entre EE UU y China ha ido en aumento. Pero Krastev niega que esto sea una nueva guerra fría, porque no se libra un combate ideológico como el que hubo entre Occidente y la URSS. "La hostilidad hacia China de la Administración estadounidense no responde a la defensa de los valores democráticos", sostiene. Tampoco Pekín aspira a exportar su modelo político, sino que "está jugando sus cartas para poner a parte del mundo en una situación de dependencia económica".

Europa parece haber aprendido de sus errores y prepara un ambicioso fondo de reconstruc-

ción. La clave, cree el pensador, es que "hay un gran cambio en cómo Alemania ve esta crisis". Ya no es hora de moralizar, no se puede culpar a los países del Sur como se hizo después de 2008. "Alemania está más dispuesta a transferir recursos a otras partes de Europa. En un mundo proteccionista, es perentorio preservar el mercado europeo".

Esta crisis no es sistémica como la anterior, subraya Krastev, y puede verse "como una oportunidad para transformar la economía". Pero le angustia que la generación de los mileniales encadene dos recesiones devastadoras para su futuro. "Sería bueno un nuevo contrato intergeneracional. Hoy hay más mayores de 50 que menores de 20. Los jóvenes ya no tienen las ventajas políticas que tenían en los sesenta", concluye.

también salió, en la colección de Cuadernos de Anagrama, *Pandemia*. Este breve ensayo fue escrito cuando la covid-19 ya había paralizado el mundo por el, a partes iguales, polémico y mediático filósofo esloveno Slavoj Žižek. También el pensador español Daniel Innerarity ha podido publicar *Pandemocracia* (Galaxia Gutenberg), libro en el que recoge sus reflexiones e ideas escritas en estos meses pasados, durante el confinamiento. Y ya ha llegado también en el sello Debate *Contagio. La evolución de las pandemias* de David Quammen, un trepidante ensayo periodístico sobre enfermedades zoonóticas.

El público recibe a Trump en el mitin electoral celebrado en Tulsa el sábado. / LEAH MILLIS (REUTERS)

El músico ofrece una visión trascendental de sí mismo y de EE UU en su primer disco con canciones nuevas en ocho años

Cuando Bob Dylan se pone el sombrero de Whitman

FERNANDO NAVARRO. **Madrid** Bob Dylan (Minnesota, 79 años) ha llegado al último tramo de su vida con la fuerza y la lucidez necesarias para ofrecer una revisión trascendental sobre sí mismo y sobre Estados Unidos. *Rough and Rowdy Ways*, su primer disco con canciones nuevas en ocho años, es un doble álbum que surge como una especie de testamento personal. Un muestrario que, desplegado con la rudeza de un sonido añejo y la poética de su autor, se presenta como un canto a su vida y a la de su país, indisolubles uno de otro desde que el creador de *The Times They Are a-Changin'* cogió una guitarra.

Dylan ha compuesto su propio *Hojas de hierba*, el gran relato con el que el poeta Walt Whitman cantó a los nuevos Estados Unidos. A mediados del siglo XIX, Whitman buscaba una nueva identidad estadounidense, y, ahora, Dylan también lo hace. *Rough and Rowdy Ways* comienza con *I Contain Multitudes*, una canción que es un guiño al *Canto a mí mismo* de Whitman. Es el primer y más reconocible elemento de un álbum que abraza la épica lírica instaurada por el poeta del sombrero. Como él, Dylan, músico también con sombrero y ganador del Nobel de Literatura en 2016, celebra la vida, pero su mayor tema es la muerte, que planea como un ave nocturna por las canciones. En *I've Made Up My Mind to Give Myself to You* canta: "Espero que los dioses se apiaden de mí". En *Mother of Muses* afirma: "Ya he sobrepasado de largo lo que me tocaba vivir". Y en *Crossing The Rubicon* se enfrenta al Armagedón. Cruzar el Rubicón, el río que era la frontera entre los romanos y los galos y que cruzó Julio César para enfrentarse a la República, implica asumir el último riesgo.

Los *rhythm and blues* que recrean las esencias de Sun Records son la parte menos interesante del disco. *False Prophet*, *Goodbye Jimmy Reed* y *Crossing The Rubicon* suenan a temas conocidos y pecan de exceso en el ejercicio de estilo. Conviene atender más al resto de la música sedosa que casi se desvanecen en el aire mientras Dylan canta (o recita) con gravedad. Oculta y de recursos justos, su voz tiene una mejor presencia ahora que hace 15 años.

La etapa de revisión de estándares de jazz y swing, en la que publicó hasta cinco discos de versiones entre 2015 y 2017, le ha servido de laboratorio para encontrar un lugar más adecuado para su voz con una instrumentación más minimalista. Buscó concienzudamente atmósferas sombrías, como fantasmales, con finas *steel guitars*, tímidas cuerdas acústicas y pianos espectrales. Es música anticomercial, fuera del contexto actual, alejada de los sonidos que se filtran por las ondas y los móviles.

"Nuestro mundo está ya obsoleto", le dijo Dylan al historiador Douglas Brinkley en una entrevista publicada por *The New York Times* el pasado día 12. Adentrarse en aquellos estándares con tanta determinación le permitió experimentar con un sonido anticuado y tenebroso, una neblina particularísima. Con su contención instrumental, su música se presenta como un murmullo de aquella época. Si, son canciones murmurando una memoria. Casi parecen letanías.

Como en *Hojas de hierba*, aparecen en *Rough and Rowdy Ways* infinidad de personajes, pero se trata de una historia íntima, del desarrollo de una mentalidad y de su relación con el mundo, descubriéndonos el yo de Dylan en medio de la epopeya de ese acontecimiento que es la democracia estadounidense. El músico cierra con la preciosa *Key West (Philosopher Pirate)*, en la que recorre la Ruta 1, la primera gran carretera de EE UU que une el Norte y el Sur, como un símbolo de identidad nacional, y *Murder Most Foul*, dedicada al asesinato de John F. Kennedy, como Whitman hizo con *¡Oh, capitán! ¡MI capitán!*, su elegía a Lincoln. En esta monumental canción, de casi 17 minutos, Dylan señala las mismas heridas que señaló Whitman tras la guerra de Secesión, pero las trae al presente cuando Trump y el supremacismo blanco resucitan fantasmas y acaban con la identidad nacional. Cuando el país vuelve a encontrarse en la encrucijada de su propia historia.



SCUMMARELLA